

## LA VIOLENCIA DEL CAPITAL\*

Naomi Klein posee un don para captar los entresijos de la situación política actual y para propiciar un punto de partida para la reunificación de la izquierda. Así lo demostró en *No Logo*, convertido en éxito superventas en 2000, y así lo demuestra nuevamente en *The Shock Doctrine*. Tanto en uno como en otro libro, al igual que en sus escritos periodísticos, insiste en que nuestro reto político principal gira en torno a la economía y en que no es necesario que seamos expertos para comprender el modo en que funciona la economía capitalista a escala mundial. El atractivo de su prosa reside en su capacidad para explicar el meollo de las relaciones económicas en términos que, aun siendo personales, resultan claros para la generalidad de los lectores.

En *No Logo*, Klein expuso los principios básicos de la globalización neoliberal y del papel que se les adscribe a las empresas multinacionales en este proceso, suministrando de este modo un valioso modelo teórico para toda una generación de activistas, aquella que podríamos denominar «la generación de Seattle». Los activistas encontraron en su libro los fundamentos racionales necesarios para justificar su lucha. Pero las generaciones pasan aprisa en nuestros días y la oleada de movimientos vinculados a las manifestaciones de Seattle en protesta contra la cumbre de 1999 de la OMC se precipitó vertiginosamente tras el inicio de la «guerra global contra el terror» de Estados Unidos y llegó a un punto muerto definitivo con la ocupación de Iraq. Las discusiones económicas que anteriormente acaparaban toda la atención –sobre sistemas comerciales, deuda, pobreza y beneficios empresariales– dejaron de resultar tan sumamente apremiantes, a la vista de los nuevos horrores provocados por la violencia y la destrucción. Las circunstancias obligaron a los movimientos antiglobalización a transformarse en movimientos contra la guerra.

En *The Shock Doctrine*, Klein proporciona un nuevo punto de partida para reagrupar a la izquierda, un punto de encuentro adaptado a las circuns-

---

\* Naomi Klein, *The Shock Doctrine. The Rise of Disaster Capitalism*, Londres y Nueva York, Allen Lane, 2007, 558 pp.

tancias actuales, al establecer un puente que conecta el análisis de la guerra, la violencia y la catástrofe con las discusiones mantenidas en torno a la globalización neoliberal. Su libro vuelve a situar las relaciones económicas en el centro del debate, si bien los análisis sobre los beneficios y el poder de mando capitalistas se ven ahora complementados mediante investigaciones acerca de los aparatos estatales y empresariales, que promueven y explotan diversos tipos de destrucción a gran escala. Klein concibe el concepto de «capitalismo del desastre» para designar ese régimen de acumulación que no sólo interpreta las catástrofes como si se tratase de oportunidades económicas –para privatizar los bienes públicos, para expandir los mercados, para reestructurar los esquemas de producción, etcétera, etcétera–, sino que necesita de tales catástrofes con el fin de mantenerse en funcionamiento. En un audaz giro intelectual, Klein establece un vínculo entre las catástrofes provocadas por la violencia militar, tales como la «guerra contra el terror» o la ocupación de Iraq, y aquellas que son el resultado de causas «naturales», incluidas las trágicas consecuencias del huracán Katrina y del tsunami que asoló el océano Índico en 2004. Hasta cierto punto, el argumento es válido, sin que el capitalismo del desastre se preocupe por cualesquiera que sean las causas de la catástrofe. Lo único relevante es que tales crisis vayan teniendo lugar de manera constante, permitiendo que el capital se valga de la devastación y de la desorientación temporal que éstas traen consigo, para cumplir con los principales objetivos del programa neoliberal: privatizar los bienes públicos, liberalizar la actividad económica y reducir el gasto en prestaciones sociales. Sin embargo, yendo aún más lejos, estira el vínculo entre violencia y capital, retrotrayendo el concepto de capitalismo del desastre treinta años atrás. Lo que se propone Klein al enunciar este concepto no es sino dar nombre al enemigo, hacer encajar la disparidad de sus múltiples facetas, para de este modo perfilar una vez más un rostro contra el cual poder dirigir la lucha.

Pero mientras que *No Logo* se publicó en pleno apogeo de los movimientos de resistencia global y se mantuvo a flote gracias a su entusiasmo, *The Shock Doctrine* llega a escena en unas circunstancias bien diferentes y está proyectado en un tono algo más sombrío. En consecuencia, el libro está menos encaminado a reagrupar a las tropas y más preocupado por establecer una orientación intelectual e ideológica. Klein enfoca esta tarea en tres niveles distintos, cada uno de ellos con su estilo correspondiente, dando como resultado un texto híbrido, a caballo entre varios géneros literarios. En primer lugar, se vale de los métodos del periodismo de investigación, llegando a alcanzar registros magistrales, para sacar a la luz algunos de los sucesos y personalidades más depravados de la estructura de poder contemporánea, dirigiendo su discurso a los evacuados de Baton Rouge, a los pescadores damnificados por el tsunami, a los trabajadores de las inundadas fábricas de Manila durante los estertores finales de la crisis económica asiática. Con ello, logra excitar nuestro sentido dramático, al mismo tiempo que provoca un poderoso sentimiento de indignación contra aquellos que se encuentran en el poder actualmente. Klein se vale de la primera persona en la mayoría de estas partes del libro, situándose a sí misma en

el centro de la narración. Son éstos probablemente los pasajes que con mayor éxito logran sumergir en su historia a la generalidad del público lector. Con el estilo literario correspondiente, ofrece a los lectores la posibilidad de identificarse con su propia persona. Pero este proyecto exige que actúe asimismo, en segundo lugar, como historiadora y que apunte con trazo firme las líneas de continuidad que se extienden a lo largo de todos los países del globo, retro trayéndose tres o cuatro décadas a partir de las estructuras de poder económico y político actualmente dominantes. No escarba en los archivos como lo haría una historiadora profesional, pero sí logra reconstruir los principales sucesos de su historia con notable detalle y claridad a partir de una meticulosa investigación. Finalmente, en un tercer nivel, adopta las herramientas de la teoría política y económica para investigar la naturaleza de la producción y del poder de mando capitalista contemporáneos.

La idea fundamental expuesta en *The Shock Doctrine* es que existe un vínculo intrínseco entre el capital (o una de las modalidades de la actividad capitalista al menos) y la violencia. El punto del que parte Klein a la hora de desentrañar este vínculo es la metáfora de la «terapia de choque» enunciada por Milton Friedman, quien juzgaba que ésta era imprescindible para imponer reformas capitalistas de libre mercado; en verdad, es probable que ella se tome esta metáfora con mayor seriedad de la que él nunca llegó a concederle. De acuerdo con su explicación, los psiquiatras que experimentaron con la terapia de electroshock en las décadas de 1950 y de 1960 procuraban desorientar a los pacientes y destruir sus estructuras psíquicas preexistentes. Se figuraban que era posible hacer tabla rasa y construir, a partir de ahí, nuevas y más saludables estructuras. De modo similar, Friedman soñaba con destruir las estructuras sociales y económicas establecidas, haciendo de la sociedad una especie de tabla rasa, con el fin de abrir paso a sus anheladas políticas económicas. Sin que se produjese ningún tipo de suceso traumático, capaz de desestabilizar los hábitos e instituciones sociales y de desorientar a la población, Friedman era consciente de que sus reformas nunca llegarían a ser aceptadas. Así que Klein reivindica esta analogía y demuestra hasta qué punto se han empleado diversos sucesos traumáticos reiteradamente en diferentes contextos nacionales, sucesos cuyos efectos en el cuerpo social son semejantes a los producidos por la terapia de electroshock en el individuo, para imponer la visión de libre mercado de Friedman, así como otra serie de políticas económicas neoliberales en un sentido más amplio.

Klein interpreta asimismo la reforma económica neoliberal como si se tratase de una terapia de choque en un sentido algo más literal. Es más, entretenera en el debate de este libro se halla una excelente y sucinta historia sobre la evolución de las técnicas de tortura a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado. De acuerdo con Klein, dicha historia comienza en algunos de los propios laboratorios de McGill University que durante la década de 1950 experimentaban en sus pacientes con electroshocks. La CIA, reconociendo la utilidad que estas y otras técnicas similares poseían para

desorientar a los individuos y hacer que sus estructuras psíquicas se vinieran abajo durante los interrogatorios, fundaron este tipo de investigación psicológica e hicieron acopio de sus resultados. Klein traza una línea de continuidad que se extiende desde el origen de este tipo de experimentos hasta los manuales de interrogatorio de la CIA, y desde las técnicas empleadas por las dictaduras latinoamericanas hasta aquellas que han sido utilizadas por Estados Unidos y sus aliados en la «guerra contra el terror». A juicio de Klein, el uso de semejante tortura constituye uno de los elementos de choque que en muchos casos resultan imprescindibles para producir la transformación económica neoliberal. En efecto, la tortura sirve para hacer que el impacto inicial se prolongue y para acabar de despejar el terreno social de forma que sea posible erigir la nueva estructura económica.

Todos estos elementos confluyeron en el Chile de Pinochet, ejemplo paradigmático de la doctrina de choque, al cual se ajustan en mayor o menor medida todo el resto de ejemplos históricos aducidos. No hay duda de que en Chile las ideas de libre mercado defendidas por Friedman se encontraban ya bien asentadas con anterioridad al golpe de Estado de 1973, en buena medida gracias al programa de capacitación para estudiantes de economía chilenos promovido por el departamento de la Universidad de Chicago al cual pertenecía Friedman, para los denominados *Chicago boys*. El propio Friedman actuó como una especie de asesor extraoficial de Pinochet durante la primera fase del régimen, periodo durante el cual el general impuso un plan radical de privatización y de transformación económica. A los sectores de la sociedad chilena que se opusieron al cambio social y económico con mayor contumacia –comunistas, sindicalistas y tantos otros– se les respondió mediante la tortura y otra serie de tácticas brutales. En el Chile de Pinochet se ponen en juego, por lo tanto, los tres elementos que comprende la doctrina del *shock*: *shock* militar (el golpe de Estado), *shock* económico (el cambio económico defendido por Friedman), y *shock* psíquico y social (por medio de la tortura, el encarcelamiento, el asesinato y otras tácticas similares). Piénsese, entonces, en la doctrina del choque como un medio para activar e implementar el capitalismo del desastre.

Puede dar perfectamente la impresión de que la noción de capitalismo del desastre establecida por Klein y la serie de convulsiones que ésta lleva aparejada implican una elaborada teoría de la conspiración. Esto responde en buena medida al hecho de que, en efecto, la autora se centra en las actuaciones de un elenco relativamente pequeño de individuos y en las relaciones que se establecen entre ellos, tal como sucede en el caso de la relación personal existente entre Friedman y Pinochet. De hecho, el libro está aderezado con una buena dosis de escándalos y de suculentos y comprometedores detalles históricos acerca de lo que hicieron y dijeron este puñado de individuos. Sin embargo, debemos admitir que el discurso de Klein no se basa en una teoría de la conspiración, ni por lo que respecta al plano histórico ni por lo que respecta al teórico. En términos históricos, uno de los aspectos primordiales y más fascinantes del relato de Klein es

que el funcionamiento del capitalismo del desastre requiere de una enorme preparación económica y política antes de que pueda procederse a ejecutar el impacto. Tiene que haber al alcance de la mano un pormenorizado paquete de estrategias y políticas económicas, para que pueda implementarse rápidamente y de una sola vez en el momento en que se produzca el desastre. No se trata, pues, de una auténtica conspiración; en otras palabras, no es más que planificación. En el plano teórico la cuestión resulta algo más complicada. La impresión de que existe una conspiración emana en buena medida de la estrategia narrativa de Klein y aquí el género híbrido del libro tropieza con la línea divisoria que separa los métodos periodísticos de los argumentos teóricos. Su tendencia a concentrarse en personajes concretos y en relaciones de carácter hace que los lectores se sumerjan en la historia con facilidad, pero los procesos que ella está analizando no dependen realmente de sujetos individuales. En otras palabras, lo que en el plano teórico resulta importante no es que Pinochet y Friedman se conociesen en persona, sino que sus ideas y proyectos se complementasen unos con otros, encajando en el más amplio marco teórico de la transformación capitalista impulsada por la violencia. Así pues, con el fin de poner de relieve los argumentos teóricos defendidos por Klein con la mayor claridad posible, sugiero que debemos interpretar a estos sujetos individuales como si se tratase de algo así como portadores o personificaciones de ideas o de categorías políticas y económicas.

Tras establecer las bases conceptuales de la doctrina del choque y de su paradigmática ejecución –básicamente, vinculando el pensamiento económico de Friedman con la dictadura militar de Pinochet–, Klein dedica los capítulos centrales de su libro a desarrollar un pormenorizado análisis histórico sobre el modo en que este modelo llegó a desarrollarse y a perfeccionarse. Desde principios de la década de 1970 hasta el presente, persigue las diversas vías por las que *shocks* y políticas neoliberales se han ido aplicando simultáneamente a lo largo de todo el mundo, como si ambos se trataran de eslabones de una misma cadena o, más exactamente, de una falla surcada de volcanes en la que el estallido de uno de ellos desata la explosión del siguiente. Después de Chile vinieron Argentina, la Gran Bretaña de Thatcher, Bolivia, Polonia bajo el poder de Solidarność, China, la Sudáfrica posterior al *apartheid*, la Rusia de Yeltsin y las economías del Sudeste asiático que sufrieron la embestida de la crisis de 1997-1998; y de ahí el relato avanza hasta el Estados Unidos de después del 11-S, Iraq y la «reconstrucción» de Sri Lanka y de Nueva Orleans.

El objetivo principal de Klein consiste en desenmascarar la fábula «mítica» de los orígenes del neoliberalismo y en establecer como hecho probado que la aceptación de este tipo de políticas económicas nunca se produce ni de manera democrática ni de manera pacífica. Asimismo, a lo largo de su recorrido sostiene que, a pesar de las ampliamente difundidas y aceptadas declaraciones que proclamaban su victoria, tales políticas neoliberales han fracasado sistemáticamente, y ello aun en el caso de que las juzguemos de acuerdo con sus propios criterios económicos. En el curso del

libro, lo que se considera como *shock* pasa de ser la violencia y la tortura militares a concentrarse en otras formas de desastre, algunas de ellas intencionadas y otras que no lo son. El desplazamiento histórico fundamental se produce en este relato con la imposición del *shock* económico a Bolivia en 1985 por el recién elegido gobierno de Víctor Paz Estenssoro, con el asesoramiento de Jeffrey Sachs, quien, al tiempo que Friedman desaparece de escena, se convierte en el principal maestro del *shock* en la narración de Klein. Ningún golpe de Estado provocó trauma alguno en este caso, aunque desde luego se alcanzaron cotas relativamente altas de represión contra los sectores sociales pertenecientes a la oposición. En cambio, el gobierno impuso un paquete de medidas económicas concebidas en secreto e implementadas de una vez por todas, sin que se produjese el más mínimo debate público. «Bolivia marcaba un camino seguro para una nueva y menos indigesta clase de autoritarismo», escribe Klein, «un golpe de Estado civil, en el que intervienen políticos y economistas vestidos con traje de chaqueta en lugar de hacerlo soldados ataviados con uniformes militares». En este caso es la violencia política en lugar de la violencia militar la encargada de cumplir con la tarea requerida por este modelo de análisis: desorientar a la población, desestabilizar y destruir las estructuras sociales establecidas, así como las relaciones y las intuiciones económicas, y preparar así el camino para la transformación neoliberal. En todos los ejemplos de la terapia de choque neoliberal aducidos por Klein correspondientes a los años sucesivos, de la China y la Polonia de 1989 a la Sudáfrica y la Rusia de comienzos de la década de 1990, diversas dosis de violencia militar y política se han combinado para llevar a cabo conjuntamente este papel.

El punto culminante de esta línea de pensamiento se produce cuando Klein acepta que una lógica de *shock* similar ha obrado asimismo en el periodo subsiguiente al tsunami de 2004 y al huracán Katrina de 2005. Llegado este momento, se amplía decisivamente la clase de desastre que se considera apta para cumplir con esta tarea. Estos desastres «naturales» no son obra directa de los líderes políticos, aunque, como se ha documentado convenientemente, las políticas gubernamentales poseen una responsabilidad esencial a la hora de crear las condiciones para que tales catástrofes tengan lugar y para hacer que ciertas poblaciones resulten más vulnerables que otras frente a ellas. Suceden de manera inesperada, y los agentes de la privatización y de la transformación neoliberal tienen que estar preparados para cuando se presente la oportunidad.

Finalmente llegamos a Iraq, elemento central del razonamiento analítico de Klein. En muchos sentidos, todo el libro nace a partir de su excelente artículo «Bagdad Year Zero», publicado en *Harper's Magazine* en 2004, cuyos argumentos retoma y amplía en esta ocasión. Klein interpreta la invasión de Estados Unidos y la ocupación de Iraq en términos de intereses económicos, pero no concebidos estrechamente como si se tratase tan sólo de hacerse con el control del petróleo y de obtener beneficios temporales para un pequeño grupo de empresas. El plan de Estados Unidos en Iraq

constituye, por el contrario, el más concienzudo esfuerzo que se haya desarrollado hasta la fecha con el fin de aplicar la doctrina del choque, reducir a la sociedad a un estado de tabla rasa y levantar de un solo plumazo una economía neoliberal. En este caso, la convulsión y el sobrecogimiento producido por la invasión militar, los aparatos de represión de la «guerra contra el terror» en toda su diversidad y las políticas de seguridad nacional confluyen en el proyecto de globalización neoliberal. Este constituye el más completo ejemplo del capitalismo del desastre aducido por Klein, sirviendo de broche de oro al Chile de Pinochet y cerrando de este modo todo su desarrollo histórico.

Los fracasos del plan de Estados Unidos en Iraq vuelven a poner de relieve, en muchos e interesantes aspectos, la metáfora que servía de guía a Klein al vincular el *shock* económico con la terapia de electroshock. Los médicos que experimentaban con electroshock veían repetidamente frustrados sus esfuerzos, puesto que nunca lograban cumplir plenamente su sueño de alcanzar una tabla rasa. Las antiguas estructuras psíquicas del paciente, sus recuerdos y hábitos mentales, continuaban reapareciendo a pesar del tratamiento de choque. Los administradores estadounidenses del Iraq posterior a la ocupación, liderados por Paul Bremer, vieron idénticamente frustrados los esfuerzos con los cuales pretendían erigir una economía neoliberal a partir de cero. Privatizaron las industrias estatales, despidieron a trabajadores de amplios sectores, reescribieron el marco legal en el que se basaban negocios e inversiones, pero no consiguieron alcanzar el estado de tabla rasa. Las estructuras sociales establecidas, las expectativas de empleo y salario, y los temores populares ante el nuevo régimen económico continuaron reapareciendo con obstinación. Klein llega incluso a proporcionar pruebas del asombroso paralelismo existente entre la pérdida de empleos y los escándalos económicos y el fortalecimiento de la resistencia armada contra la ocupación. El punto cardinal del discurso de Klein se basa, finalmente, en señalar que los métodos que la doctrina del choque lleva aparejados no sólo son bárbaros y crueles, sino que además no ofrecen el más mínimo resultado. Todos los profetas de las revoluciones del libre mercado y de las transformaciones neoliberales auguran que tras la convulsión se dará paso a un lienzo en blanco sobre el cual se escribirán de un plumazo las nuevas estructuras económicas —e inevitablemente justifican los fracasos previos aduciendo que el impacto no fue tan total como se suponía y que la tabla no era lo suficientemente rasa—, pero, en verdad, esta pretendida tabla rasa social nunca se logrará y todo lo que deja atrás es una sociedad en ruinas.

*The Shock Doctrine* plantea un buen número de cuestiones relevantes. Por ejemplo, algunos lectores se preguntarán en qué proporción de Estados la reestructuración neoliberal se ha visto precedida y acompañada por el *shock*, en comparación con el número de casos en los que las autoridades procedieron a partir de un consenso discreto o de «tercera vía». Otros se preguntarán cómo es posible hacer encajar de manera analítica las fuerzas climáticas y la potencia de las mareas que originan fenómenos como los

huracanes o los tsunamis con el tipo de planificación y de decisión a largo plazo que condujo a la invasión de Iraq. Mi interés, sin embargo, se centra en las discusiones teóricas en torno a las formas de dominación y poder de mando capitalistas contemporáneos. La teoría de Klein encaja adecuadamente con una larga tradición teórica que vincula capital y violencia, y puede resultar conveniente situar su discurso dentro del contexto de esta tradición, con el fin de fundamentar más sólidamente algunas de sus afirmaciones y de subrayar su originalidad al mismo tiempo.

En primer lugar, la investigación de Klein acerca de la dependencia existente entre los desarrollos capitalistas y la violencia mantiene una correspondencia y amplía en ciertos aspectos las nociones marxianas sobre acumulación originaria. El origen de las clases capitalistas y proletarias no se basó en el desarrollo de procesos pacíficos y cuasi naturales, resultado del ahorro y del comedimiento de los futuros capitalistas o bien del carácter derrochador de los futuros proletarios: el nacimiento del capital supuso el estallido de un extraordinario grado de violencia tanto en la conquista como en el genocidio y en la esclavización de las poblaciones extranjeras, todo lo cual reportó innumerables riquezas para la patria y dio paso al surgimiento de nuevos mercados; e internamente, en la expropiación de tierras comunales, la expulsión de los campesinos de las propiedades feudales y la creación de nuevas leyes que hacinaban a los pobres dentro de las ciudades de manera eficaz y aseguraban la existencia de mano de obra disponible. Pero mientras el relato de Marx puede hacer que uno llegue a pensar que la violencia «extraeconómica» correspondiente a la acumulación originaria es únicamente necesaria para poner en marcha la maquinaria capitalista, cuyos mecanismos y formas de violencia económica pueden mantener su propio rumbo, Klein nos recuerda –del mismo modo en que lo han hecho otros muchos autores, sin que por ello deje de resultar conveniente repetirlo una vez más– que la acumulación primitiva no conoce fin, sino que se mantiene en todo momento activa como complemento e incentivo constante para el funcionamiento del capital.

El argumento de Rosa Luxemburg sobre la violencia inherente a la acumulación de capital representa uno más de los puntos de referencia evidentes. Luxemburg defiende que el capital requiere de una expansión constante para su propia supervivencia, que añade nuevos mercados, más recursos, mano de obra suplementaria y circuitos de producción más amplios. Expandir estos circuitos capitalistas de reproducción no constituye, sin embargo, un objetivo que pueda cumplirse tan sólo por medios económicos. Se requiere de fuerzas extraeconómicas. Específicamente, Luxemburg establece una relación intrínseca entre los grandes imperialismos europeos de su época, principios del siglo xx, y la reproducción capitalista ampliada: si uno desea oponerse al imperialismo, deberá desafiar al capital. De la misma manera, Klein demuestra la existencia de una relación íntima y necesaria entre capital y violencia, pero amplía el repertorio de desastres que son aptos para cumplir esta función, mucho más allá de los aparatos imperialistas en los que Luxemburg concentró su interés.



El tercero y tal vez más relevante punto de referencia teórico del discurso de Klein lo constituye la larga tradición económica adscrita a la «teoría de la crisis», que cuenta con poderosos defensores tanto entre el pensamiento marxista como en el capitalista. En particular, la noción de «destrucción creativa» desarrollada por el economista resueltamente no marxista Joseph Schumpeter resuena aquí con fuerza. Es un lugar común la idea de que los ciclos económicos y las crisis proporcionan oportunidades para la concentración y el desarrollo del capital. Schumpeter insiste específicamente en la necesidad que el capital tiene de revolucionar de manera incesante su economía y sus estructuras institucionales desde dentro. Las crisis, ya resulten de causas estrictamente económicas, ya posean un origen de cualquier otro tipo, promueven el desarrollo capitalista al despejar del camino las viejas estructuras de instituciones sociales y de prácticas económicas. Tal destrucción resulta «creativa» únicamente en el sentido de que ésta proporciona el espacio necesario para la innovación y la creación de nuevos procesos y de nuevas instituciones. La noción de doctrina del choque defendida por Klein comparte muchos aspectos con esta idea; pero su perspectiva se abre mucho más allá del ámbito económico, con la intención de reconocer los potenciales motores extraeconómicos de la catástrofe y de revelar las profundas consecuencias sociales que de éstos se derivan.

Marx, Luxemburg y Schumpeter: no hay duda de que se trata de una excelente compañía, como tampoco hay duda de que el libro de Klein puede ser discutido tomando a estos autores como punto de referencia; los tres sostienen, al igual que lo hace ella, que el desarrollo capitalista requiere de la violencia como mecanismo de sustentación. No obstante, existe una diferencia fundamental que nos permite formular una cuestión ulterior con relación al discurso de Klein. Marx, Luxemburg y Schumpeter leen esta violencia de acuerdo con la lógica del capitalismo entendida como un todo, mientras que Klein la aísla conformando una modalidad o versión «fundamentalista» de la norma capitalista, suponiendo que otras modalidades posibles son menos violentas o incluso nada violentas. ¿Constituye el capitalismo del desastre tan sólo una anomalía, un momento de exceso que ha distorsionado una forma de capitalismo más virtuosa, o es éste, de hecho, el núcleo central mismo del capitalismo contemporáneo? En considerables ocasiones a lo largo de su libro, Klein insiste en que se trata más bien de lo primero, pero su discurso teórico apunta más firmemente hacia la idea expuesta en último lugar. La cuestión es crucial, puesto que conlleva importantes consecuencias para cualquier esfuerzo encaminado a dar respuesta a la otra y más amplia cuestión que debería plantearse a la hora de leer un libro como éste, a saber: ¿qué alternativa cabe frente al capitalismo del desastre? ¿Debemos imaginar el retorno a un modelo más igualitario, justo y pacífico de capitalismo social y de relaciones económicas, o nos vemos forzados a mirar más allá del rumbo impuesto por el capital con el fin de inventar algún nuevo tipo de forma social? El libro de Klein no está obligado a responder a estas preguntas. El hecho de que las plantee constituye en sí mismo una importante contribución al debate que debe ser el punto de partida para que se verifique el reencuentro y la convergencia de la nueva izquierda.